

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum

Non praevalent

Edición para Panamá

Ciudad del Vaticano

1 de mayo de 2022



Relanzar
la
esperanza
y el
futuro

La homilía del Pontífice durante la Santa Misa en la basílica de San Pedro

El perdón y la paz

El llamamiento a ser artífices de reconciliación

La Santa Misa en el Domingo de la Divina Misericordia fue celebrada, en la mañana del 24 de abril, en el altar de la Confesión de la basílica de San Pedro, del arzobispo Rino Fisichella, presidente del Pontificio Consejo para la promoción de la nueva evangelización. El Papa Francisco pronunció la homilía que publicamos a continuación.

Hoy el Señor resucitado se aparece a los discípulos y, a ellos, que lo habían abandonado, les ofrece su misericordia, mostrándoles sus llagas. Las palabras que les dirige están acompañadas por un saludo, que se menciona tres veces en el Evangelio de hoy: «¡La paz esté con ustedes!» (Jn 20,19.21.26). ¡La paz esté con ustedes! Es el saludo del Resucitado, que sale al encuentro de toda debilidad y error humano. Sigamos los tres ¡la paz esté con ustedes! de Jesús, en ellos descubriremos tres acciones de la divina misericordia en nosotros. Ésta sobre todo da alegría, luego suscita el perdón, y finalmente consuela en la fatiga.

1. En primer lugar, la misericordia de Dios da alegría, una alegría especial, la alegría de sentirnos perdonados gratuitamente. Cuando en la tarde de Pascua los discípulos vieron a Jesús y escucharon por primera vez que les decía ¡la paz esté con ustedes!, se alegraron (cf. v. 20). Estaban encerrados en la casa por el miedo, pero también estaban encerrados en sí mismos, abatidos por un sentimiento de fracaso. Eran discípulos que habían abandonado al Maestro, que habían huido en el momento de su arresto. Pedro incluso lo había negado tres veces y uno del grupo —justo uno de ellos!— había sido el traidor. Tenían motivos para sentirse no sólo atemorizados, sino fracasados, pusilánimes. Es



cierto que en el pasado habían tomado decisiones valientes, habían seguido al Maestro con entusiasmo, compromiso y generosidad, pero al final todo se había desmoronado; el miedo había prevaleci-

güenza, y en cambio se llenan de alegría. ¿Quién los entiende? ¿Por qué? Porque ese rostro, ese saludo, esas palabras desvían su atención de sí mismos a Jesús. En efecto, «los discípulos se alegra-

un perdón que se les da sin cálculos, un perdón que se les da sin méritos.

Esta es la alegría de Jesús, la alegría que hemos sentido también nosotros cuando experimentamos su perdón. Nos ha pasado también a nosotros sentirnos como los discípulos en la tarde de Pascua, después de una caída, de un pecado o de un fracaso. En esos momentos pareciera que no hay nada más que hacer. Pero precisamente allí el Señor hace lo que sea para darnos su paz, por medio de una Confesión, de las palabras de una persona que se muestra cercana, de una consolación interior del Espíritu Santo, de un acontecimiento inesperado y sorprendente. De diferentes maneras Dios se asegura de hacernos sentir el abrazo de su misericordia, una alegría que nace de recibir “el perdón y la paz”. Sí, la alegría de Dios nace del perdón y deja

la paz, una alegría que levanta sin humillar, como si el Señor no entendiera lo que está sucediendo. Hermanos y hermanas, hagamos memoria del perdón y de la paz que recibimos de Jesús. Cada uno de nosotros los ha recibido, cada uno de nosotros tiene esa experiencia, hagamos pues memoria, nos hará bien. Antepongamos el

De diferentes maneras Dios se asegura de hacernos sentir el abrazo de su misericordia, una alegría que nace de recibir “el perdón y la paz”. Sí, la alegría de Dios nace del perdón y deja la paz

do y habían cometido el gran pecado, de dejar solo a Jesús en el momento más trágico. Antes de la Pascua pensaban que estaban hechos para grandes cosas, discutían sobre quién fuese el más grande entre ellos. Ahora se sienten hundidos.

En este clima llega el primer ¡la paz esté con ustedes!. Los discípulos deberían haber sentido ver-

ron —precisa el texto— de ver al Señor» (v. 20). No piensan más en sí mismos y en sus fallos, sino que se sienten atraídos por sus ojos, donde no hay severidad, sino misericordia. Cristo no les recrimina el pasado, sino que les renueva su benevolencia. Y esto los reanima, les infunde en sus corazones la paz perdida, los hace hombres nuevos, purificados por

ANDREA MONDA
director

Silvia Pérez
jefe de la edición

L'OSSERVATORE
ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA
Unicum suum Non praevalent

Ciudad del Vaticano
redazione.spagnola.org@spc.va
www.osservatoreromano.va

Redacción
Piazza Pia, 3 - 00193 Roma
teléfono 39 06 698 45851

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE
L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico
pubblicazioni.photo@spc.va



seedor de un poder, sino un canal de la misericordia, que derrama sobre los demás el perdón del que él mismo ha sido el primer beneficiado. Y de aquí nace ese “perdonar todo”, porque Dios perdona todo, todo y siempre. Somos nosotros los que nos cansamos de pedir perdón, pero Él perdona siempre. Y ustedes deben ser canales de este perdón, a través de su propia experiencia de ser per-

vo la comunión, soy artífice de reconciliación? ¿Me comprometo a calmar los conflictos, a llevar perdón donde hay odio, paz donde hay rencor? ¿O yo caigo en el mundo de las habladurías que siempre mata? Jesús busca que seamos ante el mundo testigos de estas palabras tuyas: ¡La paz esté con ustedes! He recibido la paz, la doy a otro.

3. ¡La paz esté con ustedes! repite

Hay momentos difíciles, en los que parece que la vida desmiente a la fe, en los que estamos en crisis y necesitamos tocar y ver. Pero, como Tomás, es precisamente en esos momentos cuando redescubrimos el corazón del Señor, su misericordia

donados. No hay que torturar a los fieles que vienen con sus pecados, sino tratar de entender qué sucede, escuchar y perdonar, y dar un buen consejo, ayudando a seguir adelante. Dios perdona todo, no hay que cerrar esa puerta.

«A quienes perdonen los pecados, les quedan perdonados» (v. 23). Estas palabras están en el origen del sacramento de la Reconciliación, pero no sólo, pues toda la Iglesia ha sido constituida por Jesús como una comunidad dispensadora de misericordia, signo e instrumento de reconciliación para la humanidad. Hermanos, hermanas, cada uno de nosotros hemos recibido en el Bautismo el Espíritu Santo para ser hombres y mujeres de reconciliación. Si experimentamos la alegría de ser liberados del peso de nuestros pecados y de nuestros errores; si sabemos en primera persona qué significa renacer, después de una experiencia que parecía no tener salida, entonces se hace necesario compartir el pan de la misericordia con los que están a nuestro lado. Sintámonos llamados a esto. Y preguntémosnos: yo, aquí donde vivo, yo en la familia, yo en el trabajo, en mi comunidad, ¿promue-

el Señor por tercera vez cuando se les aparece nuevamente a los discípulos ocho días después, para confirmar la fe tambaleante de Tomás. Tomás quiere ver y tocar. Y el Señor no se escandaliza de su incredulidad, sino que va a su encuentro: «Trae aquí tu dedo y mira mis manos» (v. 27). No son palabras desafiantes, sino de misericordia. Jesús comprende la dificultad de Tomás, no lo trata con dureza y el apóstol se conmueve interiormente ante tanta bondad. Y es así que de incrédulo se vuelve creyente, y hace esta confesión de fe tan sencilla y hermosa: «¡Señor mío y Dios mío!» (v. 28). Es una linda invocación, que podemos hacer nuestra y repetirla durante el día, sobre todo cuando experimentamos dudas y oscuridad, como Tomás.

Porque en Tomás está la historia de todo creyente, de cada uno de nosotros. Hay momentos difíciles, en los que parece que la vida desmiente a la fe, en los que estamos en crisis y necesitamos tocar y ver. Pero, como Tomás, es precisamente en esos momentos cuando redescubrimos el corazón del Señor, su misericordia. Jesús, en estas situaciones, no viene hacia nosotros

de modo triunfante y con pruebas abrumadoras, no hace milagros rimbombantes, sino que ofrece cálidos signos de misericordia. Nos consuela con el mismo estilo del Evangelio de hoy: ofreciéndonos sus llagas. No olvidemos esto, ante el pecado, el más escandaloso pecado nuestro o de los demás, está siempre la presencia del Señor que ofrece sus llagas. No olvidemos eso. Y en nuestro ministerio de confesores, debemos hacer ver a la gente que ante sus pecados están las llagas del Señor, que son más poderosas que el pecado.

Y nos hace descubrir también las llagas de los hermanos y de las hermanas. Sí, la misericordia de Dios, en nuestras crisis y en nuestros cansancios, a menudo nos pone en contacto con los sufrimientos del prójimo. Pensábamos que éramos nosotros los que estábamos en la cúspide del sufrimiento, en el culmen de una situación difícil, y descubrimos aquí, permaneciendo en silencio, que alguien está pasando momentos peores. Y, si nos hacemos cargo de las llagas del prójimo y en ellas derramamos misericordia, renace en nosotros una esperanza nueva, que consuela en la fatiga. Preguntémosnos entonces si en este último tiempo hemos tocado las llagas de alguien que sufra en el cuerpo o en el espíritu; si hemos llevado paz a un cuerpo herido o a un espíritu quebrantado; si hemos dedicado un poco de tiempo a escuchar, acompañar y consolar. Cuando lo hacemos, encontramos a Jesús, que desde los ojos de quienes son probados por la vida, nos mira con misericordia y nos dice: ¡La paz esté con ustedes!

Y me gusta pensar en la presencia de la Virgen entre los Apóstoles, allí. Y así como después de Pentecostés la hemos pensado como Madre de la Iglesia, a mí me gusta pensarla el lunes, después del Domingo de la Misericordia, como Madre de la Misericordia. Que Ella nos ayude a avanzar en nuestro hermoso ministerio.

recuerdo del abrazo y de las caricias de Dios al de nuestros errores y nuestras caídas. De ese modo alimentaremos la alegría. Porque nada puede seguir siendo como antes para quien experimenta la alegría de Dios. Esta alegría nos cambia.

2. ¡La paz esté con ustedes! El Señor lo dice por segunda vez, agregando: «Como el Padre me envió, así yo los envío a ustedes» (v. 21). Y les da a los discípulos el Espíritu Santo, para hacerlos ministros de reconciliación. «A quienes perdonen los pecados, les quedan perdonados» (v. 23). No sólo reciben misericordia, sino que se convierten en dispensadores de esa

misma misericordia que han recibido. Reciben este poder, pero no en base a sus méritos, a sus estudios, no; es un puro don de la gracia, que se apoya en su propia experiencia de hombres perdonados. Y me dirijo a ustedes, misioneros de la Misericordia. Si cada uno de ustedes no se siente perdonado, que se detenga en este misterio, hasta el momento de sentirse perdonado. Y de esa misericordia recibida será capaz de dar mucha misericordia, de dar mucho perdón. Y, hoy y siempre, el perdón en la Iglesia nos debe llegar así, por medio de la humilde bondad de un confesor misericordioso, que sabe que no es el po-

Los sacerdotes que vinieron especialmente de Ucrania

Concelebraron algunos sacerdotes que habían llegado para la ocasión desde Ucrania, con un visado especial para salir del país durante unos días. Estos sacerdotes proceden de las regiones de Ucrania occidental: en particular, de la provincia de Chmel'nyč'kyj, de la provincia de Černivci, de la región de Ternopil y de Hnizdyčiv, en la provincia de Lviv.

Y, en polaco, la oración universal se rezó precisamente para que la misericordia del Señor “llegue a los pueblos de la tierra desgarrados por la guerra, para que el don de la paz, que brota del Crucificado resucitado, llegue al corazón de cada hombre y se restablezca la concordia y la justicia entre las naciones”.

También es gracias a los sacerdotes ucranianos, presentes entre su pueblo en el escenario de la guerra, que el número de misioneros de la misericordia en todo el mundo —desde que fueron instituidos por el Papa Francisco en 2016— ha ido aumentando de forma constante: actualmente son 1.040.

La concelebración eucarística del Domingo de la Divina Misericordia, el 24 de abril a las 10 de la mañana en la Basílica de San Pedro, y luego la audiencia con Francisco a mediodía del lunes 25 de abril, fueron los dos actos culminantes del tercer Encuentro Mundial de Misioneros de la Misericordia, celebrado en Roma desde el sábado 23. La iniciativa fue promovida por el Consejo Pontificio para la Promoción de la Nueva Evangelización, el dicasterio vaticano encargado de gestionar y animar las actividades de los Misioneros de la Misericordia.

La misa, celebrada el domingo por la mañana en San Pedro, fue presidida por el arzobispo presidente del Pontificio Consejo, monseñor Rino Fisichella.

El Papa Francisco asistió a la cele-

bración, en la que participaron unos 400 misioneros de la misericordia, junto con nueve cardenales y once arzobispos y obispos. El cardenal Giovanni Battista Re, decano del Colegio Cardenalicio, y monseñor Franz-Peter Tebartz-Van Elst, delegado del Consejo Pontificio para la Promoción de la Nueva Evangelización, se acercaron al altar para la oración eucarística.

“En este domingo que concluye la

en español fueron seguidos por la Secuencia en latín (*Victimæ paschali laudes*). Y la proclamación en italiano del pasaje evangélico de Juan (20, 19-31).

El Papa Francisco pronunció la homilía frente al Altar de la Confesión.

La oración universal se rezó, en francés, para que “la misericordia del Señor haga tangible la maternidad de la Iglesia para que las heri-

ron que la misericordia del Señor llegue a los “necesitados”.

Tras la bendición, se cantó la antífona mariana Regina Cæli. Antes de abandonar la basílica, el Papa saludó a muchos de los presentes.

El servicio de los ministerios lo prestaron sacerdotes teatinos. El coro de la Capilla Sixtina cantó los himnos.

Y el lunes por la mañana, más de mil personas relanzaron los conte-

ricordia llegaron desde Argentina, Brasil, Colombia, Costa Rica, Venezuela, Líbano, Filipinas, India y Vietnam. También hubo una gran presencia de África: Nigeria, Mali, Malawi, Kenia, Costa de Marfil, Ghana, Guinea y Camerún. Un gran número de participantes también vinieron de Estados Unidos y Europa.

Durante el encuentro, que comenzó el sábado 23 en el Aula del Sínodo, a través de “talleres” los misioneros compartieron experiencias y prácticas pastorales desarrolladas durante la pandemia. A continuación, el arzobispo Fisichella esbozó el perfil del misionero de la misericordia como “hombre de acogida”. En el año 2022, se señaló, se cumplirá también el 20º aniversario de la solemne entrega del mundo a la Divina Misericordia por parte de San Juan Pablo II, el sábado 17 de agosto de 2002, durante su visita pastoral al Santuario de la Divina Misericordia en Cracovia-Łagiewniki, Polonia.

El sábado por la tarde, en la iglesia de Santa María de Vallicella, tuvo lugar la liturgia penitencial con adoración eucarística y los misioneros de la misericordia tuvieron la oportunidad de confesarse con otros misioneros de la misericordia. Tras el domingo, centrado en la celebración de la Eucaristía y la oración del Regina Cæli con el Papa Francisco, los trabajos se reanudaron la mañana del lunes y culminaron con una audiencia con el Pontífice en el Aula Pablo VI.

En la sesión de la mañana intervinieron el cardenal Raniero Cantalamessa, predicador de la Casa Pontificia (“El misionero de la misericordia y la llamada a la santidad”) y el padre Damián Guillermo Astiguita, profesor de la Facultad de Derecho Canónico de la Pontificia Universidad Gregoriana (“El misionero de la misericordia: el foro interno y externo”).



Octava de Pascua -fueron las palabras que introdujeron el acto penitencial-, el Señor nos enseña a convertirnos en verdaderos apóstoles de su misericordia tocando sus heridas, signo permanente del amor de Dios por nosotros; heridas que hoy son visibles en el cuerpo y en el alma de tantos hermanos nuestros que sufren y piden ser curados. Con confianza en la misericordia de Dios, reconocamos nuestros pecados”.

La primera lectura en inglés, el salmo en italiano y la segunda lectura

das de cada hombre y mujer reciban alivio y curación”. En chino, para que la misericordia del Señor “conceda a los ministros de la reconciliación la gracia de ser hombres contemplativos de las llagas de Cristo, para que sean alegres testigos de la gracia”. En portugués, que la misericordia del Señor “guíe los pensamientos y las opciones de los políticos, para que promuevan la dignidad humana mediante el reparto de los bienes y el cuidado de la creación”. Y en alemán —después de la súplica por la paz en polaco— pidie-

nidos de la Celebración participando en la audiencia con el Papa Francisco en el Aula Pablo VI. Un momento de gran significado que concluyó el Encuentro Mundial, relanzando el papel de los misioneros de la misericordia al servicio de la Iglesia, especialmente como ministros del Sacramento de la Reconciliación: incluso en los lugares donde la presencia de católicos es más limitada, recorren muchos kilómetros para llegar a las distintas comunidades.

En Roma, los misioneros de la mise-

Entrevista del Papa al periódico argentino «La Nación» «Dispuesto a hacer todo para frenar la guerra»



«Estoy dispuesto a hacer todo para frenar la guerra». En la entrevista al periódico argentino La Nación, publicada el 21 de abril, el Papa Francisco no hizo circunloquios para reafirmar la prioridad de llegar a la paz en Ucrania.

Al periodista Joaquín Morales Sola, Francisco confirmó que «siempre hay» gestiones para llegar a la paz: «El Vaticano no descansa nunca. Los detalles no se los puedo contar porque dejarían de ser gestiones diplomáticas. Pero los intentos no cesarán nunca».

Al preguntarle respecto a la visita realizada, la mañana del 25 de febrero, a la embajada de la Federación Rusa ante la Santa Sede, en vía de la Conciliazione, el Papa afirmó: «Fui solo. No quise que nadie me acompañara. Fue una responsabilidad personal mía. Fue una decisión que tomé en una noche de vigilia pensando en Ucrania. Está claro para quien quiere verlo bien que estaba señalando al gobierno que puede poner fin a la guerra en el próximo instante. Para serle sincero, quisiera hacer algo para que no haya una sola muerte más en Ucrania. Ni una más. Y estoy dispuesto a hacer todo».

Y sobre las motivaciones que han desencadenado la guerra, el Pontífice dijo: «Toda guerra es anacrónica en este mundo y a esta altura de la civilización.

Por eso también besé públicamente la bandera de Ucrania. Era un gesto de solidad

idad con sus muertos, con sus familias y con los que sufren la emigración».

Además, sobre la posibilidad de un viaje suyo a Kiev el Pontífice explicó: «No puedo hacer nada que ponga en riesgo objetivos superiores, que son el fin de la guerra, una tregua o, al menos, un corredor humanitario. ¿De qué serviría que el Papa fuera a Kiev si la guerra continuara al día siguiente?».

«¿Por qué usted no nombra nunca a Putin ni a Rusia?». A esta pregunta del periodista, Francisco respondió: «Un papa nunca nombra a un jefe de Estado ni mucho menos a un país, que es superior a su jefe de Estado».

Francisco también habló de la relación «muy buena» y de un posible encuentro con el patriarca de Moscú, Kirill.

«Lamento que el Vaticano haya tenido que levantar una segunda reunión con el patriarca Kirill, que teníamos programada para junio en Jerusalén. Pero nuestra diplomacia entendió que una reunión de los dos en estos momentos podía prestarse a muchas confusiones. Yo siempre promoví el diálogo interreligioso. Cuando era arzobispo de Buenos Aires junté en un fructífero diálogo a cristianos, judíos y musulmanes. Fue una de las iniciativas de las que me siento más orgulloso».

Es la misma política que promuevo en el Vaticano. Como usted me escuchó muchas veces, para mí el acuerdo es superior al conflicto».

En el encuentro con la comunidad esrilanquesa Rezamos por las víctimas de la guerra y del terrorismo

El Papa Francisco ha dirigido un llamamiento a las autoridades de Sri Lanka para que «se aclaren definitivamente quiénes fueron los responsables» de los atentados de la Pascua de 2019 en los cuales murieron 269 personas. Ocasión para pedir este acto de justicia que «traerá paz» fue el encuentro del Pontífice con unos 4.000 representantes de la comunidad de Sri Lanka residente en Italia, recibidos

en la mañana del lunes 25 de abril en la basílica de San Pedro. Acompañados por el cardenal Albert Malcom Ranjith Patabendige Don, arzobispo de Colombo, y de nueve obispos, estaban presentes algunos niños que resultaron gravemente heridos en el atentado. Con ellos 41 familiares de las víctimas que mostraron al Papa las fotografías de sus seres queridos. Particularmente significativa la presencia de los representantes budistas y también musulmanes e hindúes. Esperando el encuentro con Francisco, el cardenal celebró la misa en la basílica vaticana recordando en particular a aquellos que han perdido la vida en los atentados y rezando por la paz. A continuación, las palabras del Papa.

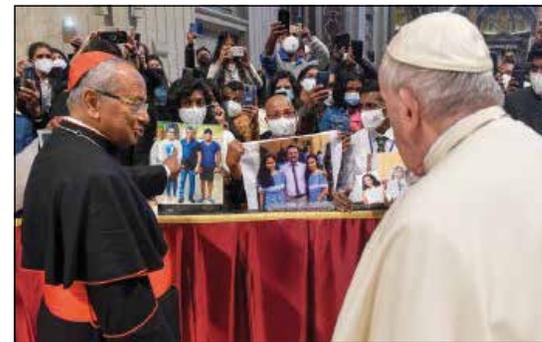
Queridos hermanos y hermanas esrilanqueses, ¡paz a vosotros!

Os saludo con las palabras de Jesús resucitado, que han resonado en la Iglesia durante la Octava de Pascua.

Habéis venido desde Roma y de diferentes lugares de Italia en peregrinación a la Tumba de San Pedro, guiados por vuestros pastores. Es un gesto de fe y es también un bonito testimonio. Os doy las gracias por esto.

El motivo que os ha convocado aquí es el aniversario de los trágicos eventos que, en el día de Pascua de 2019, sembraron muerte y terror en Sri Lanka. Hoy habéis ofrecido el Sacrificio eucarístico en sufragio de las víctimas de esos terribles atentados y habéis rezado por los que resultaron heridos - algunos de los cuales aquí presentes - y por los familiares, como también por todo el pueblo de Sri Lanka. Con todo el corazón me uno a vuestra oración.

“Paz a vosotros”, repite el Señor Resucitado. Él es nuestro Salvador, ¡solo Él! Frente al horror y lo absurdo de ciertos actos,



que parece imposible que sean cometidos por hombres, aparece evidente la obra del Maligno. Y entonces comprendemos porqué el Hijo de Dios, el Inocente, el Santo, el Justo, para salvarnos ha tenido que morir crucificado. Ha tomado consigo no solo la muerte, sino la crueldad del mal, del odio, de la violencia fratricida. Su Cruz y su Resurrección son luz de esperanza en las tinieblas más densas. Recemos hoy por todas las víctimas de la violencia y de la guerra, en particular del terrorismo.

Queridos hermanos y hermanas, junto a vosotros deseo rezar por vuestra patria, Sri Lanka, que tuve la alegría de visitar en enero de 2015. Rezamos por los gobernantes, por los que tienen las responsabilidades sociales y educativas y por todo el pueblo. Que las dificultades presentes puedan encontrar soluciones con el empeño y la colaboración de todos. Rezamos por la Iglesia en Sri Lanka: que por intercesión de María Santísima esté llena de Espíritu Santo y anuncie con alegría el Evangelio de Cristo Salvador.

Gracias de nuevo, queridísimos, por vuestro testimonio.

No quisiera terminar sin hacer un llamamiento a las autoridades de vuestro país. Por favor y por amor a la justicia, por amor a vuestro pueblo, que se aclare definitivamente quiénes fueron los responsables de estos eventos [los atentados de la Pascua 2019]. Esto traerá paz a vuestra conciencia y a la patria.

De corazón os bendigo a cada uno de vosotros y a vuestras familias. Y vosotros, por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Gracias!

Francisco en el Convenio Internacional de Solidaridad promovido por los trinitarios

Liberar a los hombres, mujeres y niños esclavizados

“Incluso en nuestra época, que se jacta de haber abolido la esclavitud, en realidad hay muchos, demasiados hombres y mujeres, e incluso niños, reducidos a vivir en condiciones inhumanas, esclavizados”. Lo dijo el Papa Francisco al recibir en audiencia en la mañana del lunes 25 de abril, en la Sala Clementina, a los participantes en el Convenio Internacional de Solidaridad Trinitaria, promovido por la Orden de la Santísima Trinidad. “La libertad religiosa es violada, a veces pisoteada en muchos lugares y de diferentes maneras, algunas crudas y obvias, otras sutiles y ocultas”, dijo. Publicamos, a continuación, el discurso del Pontífice.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y bienvenidos!

Me complace darles la bienvenida a los que participan en la Conferencia de “Solidaridad Trinitaria Internacional”, expresión de la Orden de la Santísima Trinidad. Agradezco al Superior General sus palabras de saludo y presentación. Me ha impresionado ver cómo han sido capaces de actualizar el carisma de la Orden dando vida a esta organización, que defiende la libertad religiosa no de forma teórica, sino atendiendo a las personas perseguidas y encarceladas a causa de su fe. Pero, al mismo tiempo, no falta el estudio y la reflexión por su parte, que también se expresa en el ámbito académico a través del curso de estudios sobre la libertad religiosa en el Angelicum, cátedra que lleva el nombre de su fundador San Juan de Matha.

Les felicito por este compromiso que llevan a cabo precisamente recurriendo al carisma original. Nos remontamos más de ocho siglos atrás, a la época de San Francisco de Asís. El Espíritu Santo suscitó en aquel momento



—como lo hace siempre, en todas las épocas— testigos capaces de responder según el Evangelio a los desafíos del momento. Juan de Matha fue llamado por Cristo a dar su vida por la liberación de los esclavos, tanto cristianos como musulmanes. No quiso hacerlo solo, individualmente, sino que fundó para ello una nueva Orden, una Orden “en salida”, nueva también en la forma de vida, que debía ser un apostolado “en el mundo”. Y el Papa Inocencio III dio su aprobación y apoyo pleno.

“Orden de la Santísima Trinidad y los cautivos”, es decir, esclavos, prisioneros. Esta combinación también da que pensar: la Trinidad y los esclavos. Es inevitable pensar en el primer “sermón” de Jesús en la sinagoga de Nazaret, cuando leyó el pasaje del profeta Isaías: “El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha unguido pa-

ra anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos [...], para dar la libertad a los oprimidos” (Lc 4,18; cf. Is 61,1-2). Jesús es el enviado del Padre y es movido por el Espíritu Santo. En él actúa toda la Trinidad. Y la obra de Dios Amor, Padre, Hijo y Espíritu Santo, es la redención del hombre: por eso Cristo derramó su sangre en la cruz. Como rescate por nosotros, por cada uno de nosotros. Este trabajo se prolonga en la misión de toda la Iglesia. Pero en su Orden ha encontrado una expresión singular, peculiar, diría “literal” —un poco como la pobreza en Francisco—, es decir, el compromiso con el rescate de los esclavos. “Redimir”. Y para redimir a alguien hay que pagar, y se paga el precio con la vida. Esto es hermoso.

Este carisma es de flagrante ac-

tualidad, ¡por desgracia! Tanto porque incluso en nuestra época, que se jacta de haber abolido la esclavitud, en realidad hay muchos, demasiados hombres y mujeres, incluso niños reducidos a vivir en condiciones inhumanas, esclavizados. Y ambos porque, como bien señala su conferencia, la libertad religiosa es violada, a veces pisoteada en muchos lugares y de diversas maneras, algunas crudas y evidentes, otras sutiles y ocultas. Hubo un tiempo en que la gente solía dividir a la humanidad en buenos y malos: “Este país es bueno...”. —“¡Pero fabrica bombas!” —“No, es bueno” —“Y este es malo...”. No, hoy en día la maldad ha impregnado a todo el mundo y en todos los países hay buenos y malos. La maldad, hoy, está en todas partes, en todos los Estados. Incluso en el Vaticano, tal vez. Queridos amigos, les agradezco su trabajo

y les animo a continuarlo, también colaborando con otras instituciones, eclesiales o no, que comparten su noble propósito. Pero, por favor, sin perder su especificidad, sin “diluir” el carisma. Que Nuestra Señora y San Juan de Matha acompañen siempre el camino de la Orden y el servicio de la Solidaridad Internacional Trinitaria. Les bendigo de corazón. Y, por favor, no se olviden de rezar por mí. Gracias.

[Bendición]

Después de la foto les saludaré, pero discúlpame, tengo que hacerlo sentado, no de pie, porque mi rodilla... Es esa enfermedad que antes se llamaba ‘enfermedad de las monjas’, porque era la época en que las monjas rezaban, ¡y de tanto rezar de rodillas se enfermaban! Esto se curará, pero mientras tanto debemos hacer las cosas bien.

El Papa reitera la necesidad de una alianza entre las generaciones

Cuando la juventud da de nuevo entusiasmo a los ancianos

«Si los jóvenes se abren a la gratitud por lo recibido y los ancianos toman la iniciativa de relanzar su futuro, ¡nada podrá detener el florecimiento de las bendiciones de Dios entre los pueblos!». Lo dijo el Papa Francisco en la catequesis sobre el valor de la tercera edad que tuvo lugar durante la audiencia general del miércoles 27 de abril, en la plaza de San Pedro. A continuación el texto de la catequesis.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y bienvenidos!

Hoy seguimos reflexionando sobre los ancianos, sobre los abuelos, sobre la vejez, parece fea la palabra, pero no, ¡los ancianos son geniales, son bellos! Y hoy nos dejaremos inspirar por el espléndido libro de Rut, una joya de la Biblia. La parábola de Rut ilumina la belleza de los vínculos familiares: generados por la relación de pareja, pero que van más allá del vínculo de pareja. Vínculos de amor capaces de ser igualmente fuertes, en los cuales se irradia la perfección de ese poliedro de los afectos fundamentales que forman la gramática familiar del amor. Esta gramática lleva savia vital y sabiduría generativa en el conjunto de las relaciones que edifican la comunidad. Respecto al Cantar de los Cantares, el libro de Rut es como la otra cara del díptico del amor nupcial. Igualmente importante, igualmente esencial, celebra el poder y la poesía que deben habitar los vínculos de generación, parentesco, entrega, fidelidad que envuelven a toda la constelación familiar. Y que se vuelven incluso capaces, en las coyunturas dramáticas de la vida de pareja, de llevar una fuerza de amor inimaginable, capaz de relanzar la esperanza y el futuro.

Sabemos que los lugares comunes sobre vínculos de parentela creados por el matrimonio, sobre todo el de la suegra, ese vínculo entre suegra y



nuera, hablan contra esta perspectiva. Pero, precisamente por esto, la palabra de Dios se vuelve valiosa. La inspiración de la fe sabe abrir un horizonte de testimonio contra los prejuicios más comunes, un horizonte valioso para toda la comunidad humana. ¡Os invito a redescubrir el libro de Rut! Especialmente en la meditación sobre el amor y en la catequesis sobre la familia.

Este pequeño libro contiene también una valiosa enseñanza sobre la alianza de las generaciones: donde la juventud se revela capaz de dar de nuevo entusiasmo a la edad madura —esto es esencial: cuando la juventud da de nuevo entusiasmo a los ancianos—, donde la vejez se descubre capaz de reabrir el futuro para la juventud herida. En un primer momento, la anciana Noemí, si bien conmovida por el afecto de las nueras, que quedan viudas de sus dos hijos, se muestra pesimista sobre su destino dentro de un pueblo que no es el de ellas. Por eso anima afectuosamente a las jóvenes mujeres a volver a sus familias para rehacerse una vida —eran jóvenes estas mujeres viudas—. Dice: “No puedo hacer nada por vosotras”. Ya esto se muestra como un acto de amor: la mujer anciana, sin marido y ya sin hijos, insiste para que las nueras la abandonen. Pero también es una especie de re-

signación: no hay futuro posible para las viudas extranjeras, privadas de la protección del marido. Rut sabe esto y resiste a esta oferta generosa, no quiere volver a su casa. El vínculo que se ha establecido entre suegra y nuera ha sido bendecido por Dios: Noemí no puede pedir que la abandone. En un primer momento, Noemí aparece más resignada que feliz de esta oferta: quizá piensa que este extraño vínculo agravará el riesgo para ambas. En ciertos casos, la tendencia de los ancianos al pesimismo necesita ser contrarrestada por la presión afectuosa de los jóvenes.

De hecho, Noemí, conmovida por la entrega de Rut, saldrá de su pesimismo e incluso tomará la iniciativa, abriendo para Rut un nuevo futuro. Instruye y anima a Rut, viuda de su hijo, a conquistar un nuevo marido en Israel. Booz, el candidato, muestra su nobleza, defendiendo a Rut de los hombres que trabajan para él. Lamentablemente, es un riesgo que se verifica también hoy.

El nuevo matrimonio de Rut se celebra y los mundos son de nuevo pacificados. Las mujeres de Israel dicen a Noemí que Rut, la extranjera, vale “más que siete hijos” y que ese matrimonio será una “bendición del Señor”. Noemí, que estaba llena de amargura y decía también que su nombre es amargura, en su vejez co-

nocerá la alegría de tener una parte en la generación de un nuevo nacimiento. ¡Mirad cuántos “milagros” acompañan la conversión de esta anciana mujer! Ella se convierte al compromiso de volverse disponible, con amor, por el futuro de una generación herida por la pérdida y con el riesgo de abandono. Los frentes de la recomposición son los mismos que, en base a las probabilidades trazadas por los prejuicios del sentido común, deberían generar fracturas insuperables. Sin embargo, la fe y el amor consienten superarlos: la suegra supera los celos por el propio hijo, amando el nuevo vínculo de Rut; las mujeres de Israel superan la desconfianza por el extranjero (y si lo hacen las mujeres, todos lo harán); la vulnerabilidad de la mujer sola, frente al poder del hombre, es reconciliada con un vínculo lleno de amor y de respeto.

Y todo ello porque la joven Rut se ha empeñado en ser fiel a un vínculo expuesto al prejuicio étnico y religioso. Y retomo lo que he dicho al principio, hoy la suegra es un personaje mítico, la suegra no digo que la pensamos como el diablo pero siempre se piensa en ella como una figura mala. Pero la suegra es la madre de tu marido, es la madre de tu mujer. Pensemos hoy en este sentimiento un poco difundido de que la suegra cuanto más lejos mejor. ¡No! Es madre, es anciana. Una de las cosas más bonitas de las abuelas es ver a los nietos, cuando los hijos tienen hijos, reviven. Mirad bien la relación que vosotros tenéis con vuestras suegras: a veces son un poco especiales, pero te han dado la maternidad del cónyuge, te han dado todo. Al menos hay que hacerlas felices, para que lleven adelante su vejez con felicidad. Y si tienen algún defecto hay que ayudarlas a corregirse. También a vosotras suegras os digo: estad

atentas a la lengua, porque la lengua es uno de los pecados más malos de las suegras, estad atentas. Y Rut en este libro acepta a la suegra y la hace revivir y la anciana Noemí asume la iniciativa de reabrir el futuro para Rut, en lugar de limitarse a disfrutar de su apoyo. Si los jóvenes se abren a la gratitud por lo recibido y los ancianos toman la iniciativa de relanzar su futuro, ¡nada podrá detener el florecimiento de las bendiciones de Dios entre los pueblos! Por favor, que los jóvenes hablen con los abuelos, que los jóvenes hablen con los ancianos, que los ancianos hablen con los jóvenes. Este puente debemos restablecerlo fuerte, hay ahí una corriente de salvación, de felicidad. Que el Señor nos ayude, haciendo esto, a crecer en armonía en las familias, esa armonía constructiva que va de los ancianos a los más jóvenes, ese bonito puente que nosotros debemos custodiar y cuidar.

«¡Os pido perseverar en la oración incansante por la paz. Callen las armas, también los que tienen el poder de detener la guerra, escuchen el grito de paz de toda la humanidad!». Son las palabras dirigidas por el Pontífice a los peregrinos de lengua portuguesa al finalizar la audiencia, antes del canto del Pater Noster y de la bendición apostólica. A continuación el saludo del Papa a los peregrinos de lengua española.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Los animo a ver los milagros que se producen en este breve episodio y a intentar sacar una lección para nuestra vida. Aprendamos de Noemí a recuperar el ánimo y a estar disponibles para recomponer las heridas de los jóvenes que necesitan nuestro apoyo. De ese modo, superaremos las barreras de la desconfianza y reconstruiremos vínculos de amor y respeto en la sociedad. Que el Señor los bendiga. Muchas gracias.